

# HISTORIA

DEL

# GENERAL PRIM,

POR

DON FRANCISCO J. ORELLANA.

—noen—  
TOMO II.  
—noen—

BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL LA ILUSTRACION.

CALLE DE MENDIZÁBAL, NÚMERO 4.

1872.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPUS.

CALLE DE PETRITXOL, NÚM 40, BAJOS.

1872.





Prim en Oriente.

# HISTORIA DEL GENERAL PRIM.

---

## LIBRO TERCERO.

### DE ORIENTE Á MÉJICO.

(1853-1863.)

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### El general Prim en Oriente.

---

SUMARIO.—Orígenes de la guerra de Oriente, y acontecimientos que la precedieron.—Comision militar española, enviada á estudiar las operaciones de campaña, bajo las órdenes del Conde de Reus.—Es agregada al cuartel general del *muschir* Omer-Bajá.—Campamento de Schumla.—Declaracion de guerra á la Rusia.—Toma de Kalafat.—Combates entre Oltenilza y Turtukai, á los que asisten el general PRIM y sus oficiales, prestando importantes servicios á Turquía.—Desastre naval de Sínope.—La Comision española es recibida en audiencia particular por el Sultan; marcha á Francia, y regresa al teatro de la guerra.—Alianza de las potencias occidentales con la Sublime Puerta.—Bombardeo de Odessa.—Sitio de Silistria y retirada de los rusos.—Distinciones y obsequios hechos al general PRIM por el Sultan y otros personajes.—Con motivo de la revolucion de 1854, vuelve la Comision á España.

#### I.

A mediados de 1853, las miradas de todos los gabinetes de Europa estaban fijadas en Oriente, donde se consideraba inevitable un choque tremendo, que podia dar origen á una conflagracion general. Atribuíanse á la Rusia proyectos ambiciosos de conquista contra el debilitado imperio de los osmánlis; y como, de llevarse á cabo,

no solo corrian peligro las naciones que baña el Mediterráneo, sino tambien los intereses de dos grandes potencias en Africa y Asia, este asunto habia tomado desde su enunciacion proporciones colosales.

Francia é Inglaterra, principales interesadas en oponerse á las invasiones del coloso moscovita, no disimulaban su decision de proteger á todo trance la integridad de Turquía, y sus escuadras combinadas, fuertes de cincuenta y cuatro buques, entre ellos veinticinco navíos, á las órdenes de los almirantes Dundas y Hamelin, acababan de situarse en la bahía de Besika, á corta distancia de Constantinopla. La Rusia, por su parte, despues de varias demostraciones belicosas, en contradiccion con sus constantes protestas á favor de la paz, invadia los Principados danubianos con un ejército de 40,000 hombres, mandado por el príncipe de Gortschakoff.

Hallábase por este tiempo el general PRIM en París, donde el lenguaje de la prensa diaria, las recientes circulares diplomáticas del ministro francés, Mr. Drouyn de Lhuys, las declaraciones del Gobierno y del Parlamento inglés, y sobre todo, los preparativos militares que se hacian en ambos países, enardeciendo el entusiasmo bélico de los franceses, no permitian desconocer la inminencia de la guerra. Entonces fué cuando el Conde de Reus, dominado por las impresiones de la atmósfera que le rodeaba, y por el deseo de adelantar en los conocimientos propios de su carrera, pidió y obtuvo del Gobierno español licencia para ir á estudiar sobre el terreno aquella gigantesca lucha.

El general Lersundi, á la sazón ministro de la Guerra y presidente del gabinete, no solo accedió á la petición del Conde de Reus, sino que, conociendo la conveniencia de que España tuviese una caracterizada y digna representacion en Oriente, donde iban á resolverse sus intereses junto con los de las demás naciones latinas, se apresuró á decretar el nombramiento de una comision militar, que á las inmediatas órdenes del general PRIM se trasladase al teatro de la guerra, con el encargo de dar cuenta exacta al Gobierno de las operaciones de los ejércitos beligerantes, y de cuanto se relacionara con sus adelantos y organizacion. En consecuencia, fueron nombrados desde luego, como auxiliares del Conde de Reus, el coronel graduado, comandante de Estado Mayor, D. Federico Fernandez San Roman; el coronel graduado, comandante de Infantería, D. Cárlos Detenre, y el teniente coronel graduado de la misma arma D. Agustin Pita del Corro; y posteriormente se agregaron á la comision el capitan de Ingenieros D. Salustiano Sanz, y el de Arti-

lleva D. Joaquín María Enrile, concediéndose además un escribiente de la clase de tropa, y una escolta de un sargento y doce individuos voluntarios de las Rondas volantes extraordinarias de Cataluña.

Otros seis jefes y oficiales, que habian obtenido real licencia para pasar á Oriente por su cuenta, y que ya se hallaban en Constantinopla por el mes de Setiembre, á la llegada del general PRIM, se incorporaron voluntariamente á la Comision española, y asimismo lo hicieron el comandante del Estado Mayor piemontés señor Giuseppe Govone, y el capitán inglés del ejército de la India Mr. Rhodes, ambos debidamente autorizados por sus respectivos gobiernos. Más tarde se unieron tambien á los españoles un comandante polaco al servicio de Egipto, y el doctor francés, Mr. Pelletan, jefe de Sanidad del ejército de Romelia.

El Gobierno turco acogió muy bien al general PRIM, facilitándole los medios de trasladarse á la Bulgaria, donde concentraba sus fuerzas el *muschir* Omer-Bajá, y nombró al comandante de E. M. de aquel ejército, Saofet-Effendi, para que acompañase á la Comision española en calidad de intérprete y auxiliar, dándole además para su seguridad una escolta de lanceros.

Cuando llegó á Constantinopla el Conde de Reus, aun no habia sido declarada la guerra; pero los grandes preparativos que se hacian en todas partes indicaban su proximidad. A pesar de la penuria del tesoro imperial, estaba concluyéndose el armamento de una flota, y en los arsenales se trabajaba de dia y de noche: habíase reclamado el contingente de tropas de Egipto; se estaban movilizando las milicias irregulares (*redif*) de Romelia, y las escuadras anglo-francesas acababan de entrar en los Dardanelos á petición del Sultan. Sin embargo, nada de esto era bastante á calmar la agitacion de los ánimos, que vivamente excitados por el sentimiento religioso y nacional, no sufrían espera, y sobreponiéndose al carácter y á los hábitos de obediencia pasiva, propios del pueblo musulman, revelaban su entusiasmo guerrero por medio de frecuentes manifestaciones. Diariamente rodeaba la muchedumbre el palacio de Reschid-Bajá, ministro de Negocios extranjeros, á quien se creía contrario á la guerra, y en los muros de los principales monumentos aparecían pasquines belicosos. Uno de ellos decia:

“¡Oh poderosísimo Padischah! <sup>1</sup> Por amor á vuestra sagrada persona, todos vuestros súbditos están prontos á sacrificar su vida, sus bienes y sus familias; pero vos tambien teneis el deber de sacar de la vaina el sable del victorioso Mahomet,

<sup>1</sup> Título que los turcos dan al Sultan.

que ceñisteis en la mezquita de Eyoub-Ansari, siguiendo el ejemplo de vuestros ilustres abuelos y predecesores... Vuestro ejército valeroso y la nación entera piden absolutamente combatir en defensa de vuestros derechos incontestables.— ¡Oh Padischah! ¡Abrid los oídos y escuchad la voz de vuestros hijos!„

No se limitaba el ardor de los musulmanes á estas demostraciones escritas y silenciosas. Un día, en ocasión de dirigirse Abdul-Medjid á la mezquita del Sultan-Ahmed, cincuenta zeibelks <sup>1</sup> le salieron al encuentro.— ¡Qué quieren esos hombres? preguntó el Sultan.— Servir á nuestro soberano, respondió uno de ellos. Somos diez mil; aguardamos las órdenes del Gobierno imperial, y solo necesitamos pólvora y un pan diario.— Que se les conceda, dijo el Sultan al ministro de la Guerra.

Este entusiasmo no existía solo entre los otomanos, pues los israelitas de Constantinopla se presentaron en corporación á ofrecer un millón de piastras al tesoro imperial.

Entre tanto, el Sultan Abdul-Medjid, obrando con prudencia, no acababa de decidirse á declarar la guerra á la Rusia: su circunspección era interpretada como timidez, y creciendo la impaciencia pública, se dispusieron manifestaciones más enérgicas. El día 8 de Setiembre, unos cien individuos de la clase venerada de las ulemas <sup>2</sup> se dirigieron en procesión á la Puerta é hicieron entrega de un mensaje suscrito por multitud de firmas, en el cual se reclamaba resueltamente del Sultan “ó la declaración de guerra inmediata, ó su abdicación.”

Atendida la inmensa influencia de los ulemas en Turquía, este paso dado por ellos era de suma importancia, y no podía menos de acrecentar la agitación popular. En efecto, se temieron graves conflictos; el Gobierno otomano tuvo que tomar serias precauciones, para contener á sus mismos súbditos; y llegó día en que los

<sup>1</sup> Los zeibelks son los campesinos más robustos de todo el Imperio, que ocupan el litoral, desde Constantinopla hasta los cabos de Rodas.

<sup>2</sup> Los ulemas son los intérpretes de la ley, que en los pueblos musulmanes se confunde con la religión. Aunque Mahoma no instituyó un sacerdocio, siendo apto todo musulmán para decir la oración, sin embargo, como el Korán está escrito en árabe, y no se puede traducirlo sin cometer una profanación, de aquí que los letrados ó ulemas, únicos que lo entienden, sirvan de guías á los creyentes. El cuerpo de los ulemas, en todo el imperio turco, se compone de unos 30,000 individuos, que por sus conocimientos, forman la parte más escogida de la población, y así se comprende su mucha influencia. El uso ha consagrado que se les respete como á sacerdotes, y ha establecido gerarquías, que todos, hasta el Emperador, respetan. El gran Mufti es el jefe de la ley; pero el jefe activo y real de los ulemas es el *Scheik-ul-islam* (Jefe del islam, que desempeña de derecho el ministerio de Justicia. En cada provincia hay un *Jeraskier*, ulema superior; y todos juntos forman con el *Scheik-ul-islam* un consejo, que, en las grandes circunstancias, decide á petición del Sultan, otorgando su *fatwa* á las resoluciones que se adoptan, y contra el cual nadie puede ir sin faltar á la ley del Korán.



*softas* ó estudiantes, excitados por los ulemas, se lanzaron á las calles de la capital, gritando: “¡A las armas!”, Reprimido aquel motin, el Sultan dió un manifiesto declarando que no se trataba de paz con los rusos; y presentándose á pasar revista á una parte del contingente egipcio que acababa de llegar á Constantinopla, fué vitoreado con el más vivo entusiasmo.

Habiase reunido en Viena un Consejo, compuesto de los representantes de Francia, Inglaterra, Prusia y Austria, que se ocupaba como mediador en procurar una avenencia pacífica, y esto era causa de las dilaciones de la guerra. Un proyecto de nota enviado al Sultan por aquel Consejo, fué devuelto con algunas modificaciones, por habersele considerado en ciertos puntos incompatible con la independencia y la dignidad del Imperio. El Czar, que antes habia aceptado la nota como salió de la conferencia de Viena, rechazó enérgicamente las modificaciones de la Puerta. Llegó esta noticia á Constantinopla el 21 de Setiembre, y después de haber conferenciado extensamente sobre la gravedad del caso los representantes de las potencias aliadas, se dirigieron al Divan para que, si era posible, retirase de la nota sus últimas reformas. No habia medio de ceder sin humillarse, y por fin, el dia 24, reunió el Sultan á todos sus ministros en el palacio de Tcheragan, para anunciarles que no podia aceptar la redaccion pura y simple de la nota de Viena, sin faltar á sus deberes y sin abdicar de hecho su autoridad.

Al dia siguiente fué convocado un Consejo extraordinario, al que concurrieron cerca de trescientas personas, en representacion de todas las clases, profesiones y categorías del imperio, bajo la presidencia del Gran Visir. En esta reunion se resolvió por unanimidad mantener en todas sus partes las modificaciones introducidas en la nota de Viena; y extendido en debida forma el acuerdo, fué firmado por todos los presentes, poniéndole el *fetva* (sello) del *Scheik-ul-islam*, que hace toda decision sagrada é inviolable. Por este hecho quedaba declarada la guerra á la Rusia, si en un término breve no evacuaba su ejército los Principados.

Mientras deliberaba el gran Consejo, la multitud inquieta llenaba las calles de Constantinopla; y era un espectáculo curioso el de aquella muchedumbre dirigiendo sus ávidas miradas hácia el edificio donde se decidia la suerte del Imperio, y aguardando en silencio el resultado, aunque dispuesta á dejarse imponer todo género de sacrificios. Así es que, cuando se publicó la resolucion del Consejo, y juntamente se decretó una leva de 150,000 hombres, fueron grandes las demostraciones de

júbilo; y habiéndose abierto un alistamiento voluntario, en pocos días se llenaron los cupos.

Para comprender este entusiasmo belicoso de los turcos, y los móviles que impulsaban á las dos poderosas naciones de Occidente á tomar su defensa, empeñándose en una lucha formidable, menester es apuntar algunos antecedentes históricos, antes de referir las operaciones de campaña á que asistió el general PRIM, y en las que dejó bien puesto su nombre, honrando á nuestra patria.

## II.

Dos órdenes de acontecimientos hay que considerar en la famosa cuestion de Oriente: los que durante más de un siglo han producido el engrandecimiento súbito y gigantesco del Imperio ruso, á expensas de otras naciones y particularmente de la Turquía, y los que dieron margen y pretexto ostensible á la guerra comenzada en 1853. Tambien hay que mirar esta cuestion bajo dos fases; la política y la religiosa.

No existia el imperio de los Czares, cuando ya la Europa tuvo que arrojar sobre el Oriente el peso de sus armas, para detener la marcha victoriosa de los ejércitos otomanos, que, desde 1453, avanzaban hácia el Ocaso como un torrente devastador. La batalla de Lepanto, en que tanta gloria cupo á los españoles, mandados por D. Juan de Austria, puso límites á las conquistas de la media luna, y determinó la decadencia sucesiva del Imperio turco.

Ya por aquel tiempo habia sido necesario garantizar la libertad del culto cristiano en Jerusalem, asegurando el derecho de posesion de los Santos Lugares por medio de un tratado, que celebró Francisco I de Francia con Soliman I, en 1535. Este convenio se renovó en 1740 para darle mayor fuerza y vigor, pero sin que fuesen clasificados los santuarios ó lugares pertenecientes á las diversas sectas religiosas; lo cual produjo desde entonces entre griegos y latinos graves altercados y frecuentes litigios, que se resolvian unas veces en el mismo Jerusalem, y otras por las decisiones contradictorias del Gobierno otomano, el cual, segun las circunstancias, procuraba contentar á unos y otros.

Así permaneció este asunto durante muchos años, sin que las naciones de la

Europa occidental le atribuyesen gran importancia. Pero ya por entonces, el poderoso genio de Pedro el Grande habia creado la Rusia, extendiendo rápidamente sus fronteras desde el Báltico al mar Caspio; y bajo el reinado de aquel príncipe, que supo reunir en su mano la doble potestad del Imperio y de la Iglesia, comenzó á emplearse el arma del proselitismo religioso en Oriente, para sublevar la Moldavia y la Valaquia, y hacer que los griegos considerasen á los rusos como á sus libertadores cristianos. La munificencia del Czar decoró con magníficos presentes las iglesias de los montenegrinos, y socorrió con hábiles limosnas á los monjes griegos hasta en las apartadas celdas del monte Athos. Entre tanto, el mar de Azof vino á ser un lago ruso; los buques de esta nacion navegaban libremente por las aguas de Turquía, y un embajador ruso era conducido á Constantinopla por una escuadra que anclaba en frente del Serrallo. La muerte detuvo á Pedro en sus empresas, cuando organizaba un ejército de trescientos mil hombres, y despues que hubo mandado acuñar en Amsterdam una medalla con este significativo exergo: *Petrus primus, Russo-Grecorum imperator.*

Desde entonces debió haber conocido la Europa cuáles eran los planes y adónde se dirigian las miradas del naciente coloso; pero la Europa no pensó durante mucho tiempo aun, que vendria un dia en que fuese necesario hacer con la Rusia lo que en otro tiempo hiciera con los otomanos. Lejos de esto, las principales potencias de Occidente solo pensaron en destruir á los débiles y enriquecerse con sus despojos, ó en hacer frente más tarde á la revolucion francesa y á los ejércitos de Napoleon; hasta que vieron á la Turquía agonizante echarse en brazos de la misma Rusia, su capital enemiga.

Sucedía esto en 1773. ¿Qué habia pasado en el transcurso de un siglo? Despues de haber sojuzgado y oprimido á la Polonia, obligándola á sublevarse, Catalina II ordenaba en 1768 á los cosacos del Don “extirpar y abatir, *con la ayuda de Dios*, á todos los polacos y judíos, *blasfemadores de la santa religion...* Mandamos, añadia el ukase, que atravesando la Polonia, se extirpe su nombre, y que su memoria sea borrada para la posteridad.” La Inglaterra, contenta con haber obtenido un tratado de comercio ventajoso, prestaba entonces á la Rusia sus buques y sus oficiales. La Francia, enervada bajo el reinado de Luis XV, no pensaba en detener el vuelo al águila del Norte. Solo la Puerta Otomana se levantó para libertar á los oprimidos polacos. La guerra duró hasta 1774; la Polonia fué por primera vez *repartida*, y la Turquía perdió la Bukovina y la Pequeña Tartaria, cuya independencia quedó

reconocida por el tratado de Kainardji, viniendo á ser, poco despues, declarada provincia rusa.

Una nueva guerra confirmó este estado de cosas, y arrebató á la Puerta varios cantones del Cáucaso: la Crimea, la isla de Taman y casi todo el Kuban, la Georjía, el Kachet y la Imeretria quedaron en poder de la Rusia, que aun no satisfecha, volvió á la carga en 1787: el saqueo de Imail y el degüello de todos sus habitantes dejaron triste recuerdo de esta lucha, en que la Turquía hizo esfuerzos heróicos, y que terminó con la paz de Jassy, en 1792.

La coalicion europea contra la República francesa, en que entró la Rusia, no impidió á esta potencia continuar arrebatando á la Puerta Otomana algunos trozos de territorio; y cuando por primera vez, en 1805, se le pidieron explicaciones sobre la toma de posesion de las provincias que separan el Caspio del mar Negro, emitió en su respuesta la siguiente proposicion:—“*Todos los súbditos del Imperio turco que profesan la religion griega deben quedar bajo la proteccion de la Rusia, y cuantas veces sean molestados por los turcos, la Puerta estará obligada á dar satisfaccion en derecho á las representaciones de la embajada rusa.*”

En este artículo estaba ya claramente definida la política moscovita en Oriente: cuando Selim III se enteró de semejante proposicion, arrojó indignado el papel, y brotaron de sus ojos amargas lágrimas.

Las victorias de Napoleon hicieron que el Czar aplazase sus proyectos sobre Turquía: sin embargo, en 1807, los rusos, aliados con Inglaterra, se habrían apoderado de Constantinopla, á no impedirlo la energía del embajador francés Sebastiani. Dos años despues, el emperador Alejandro, conquistada ya la Finlandia, revolvía de nuevo sus ejércitos contra los turcos, y emprendía una guerra de exterminio, en la que Silistria fué tomada por primera vez, y sucesivamente sucumbieron Rustchuk, Giurgewo, Widin, siendo arruinados los Principados, y terminando en 1812 por la paz de Bucharest, que señaló el Pruth como límite de los dos imperios, y dió á la Rusia las provincias comprendidas entre el Dnieper y el Danubio.

En lo sucesivo, las potencias occidentales iban á contribuir involuntariamente al engrandecimiento de la Rusia, tomando parte en la desmembracion de Turquía. En 1819 se emancipan las islas Jónicas, y se colocan bajo el protectorado de Inglaterra. De 1820 á 27 se emancipa la Grecia, y Nicolás I, aprovechando la ocasion, se apodera de la Armenia y de las bocas del Danubio; sus ejércitos victoriosos marchaban ya sobre Constantinopla, cuando los detuvo la intervencion de las